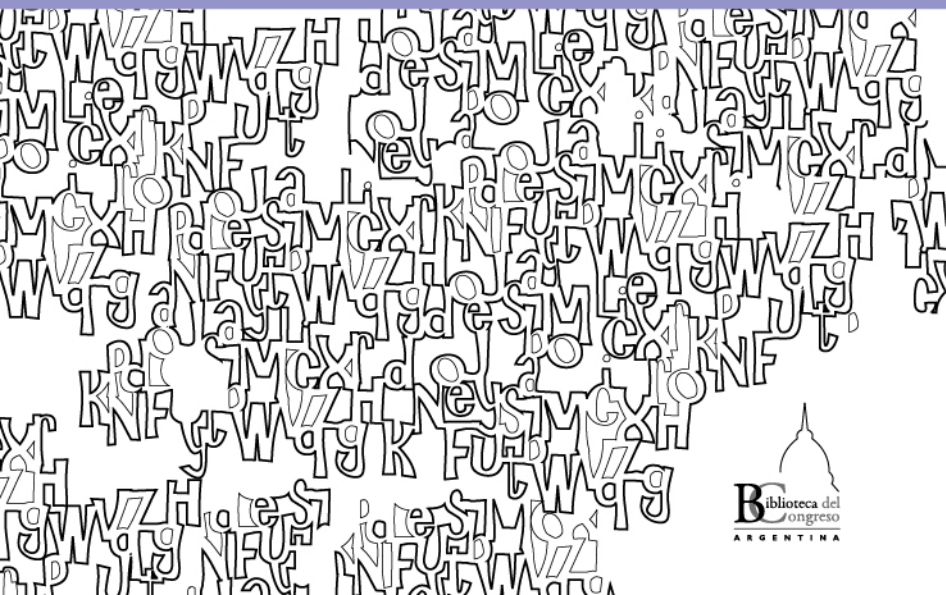


# Cuentos por su cuenta

ADELA BASCH





# Cuentos por su cuenta

ADELA BASCH

Ilustraciones

Maximiliano Riosblanco

COLECCIÓN JUVENIL "VUELA EL PEZ"

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Basch, Adela

Cuentos por su cuenta / Adela Basch ; ilustraciones Maximiliano Riosblanco. – Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2019.  
79 p. : il. ; 17 cm. – (Colección juvenil “Vuela el pez”)

ISBN 978-950-691-106-5

1. Cuentos infantiles argentinos. I. Riosblanco, Maximiliano. II. Biblioteca del Congreso (Argentina). III. Título. IV. Serie.

**Propietario**

Biblioteca del Congreso de la Nación

**Director Responsable**

Alejandro Lorenzo César Santa

**Diseño, compaginación y corrección**

Subdirección Editorial

**Impresión**

Dirección Servicios Complementarios  
Alsina 1835, 4.º piso, CABA

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2019  
Alsina 1835

Impreso en Argentina - Printed in Argentina  
febrero 2019

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723  
ISBN 978-950-691-106-5

## Índice

<i>¡Adelante, adelante, valeroso navegante!</i>	9
<i>Se busca pirata</i>	15
<i>Un libro de ciencia fricción</i>	23
<i>Una asombrosa llama en el desierto</i>	27
<i>Una nave especial</i>	31
<i>Tal vez se acuerda</i>	37
<i>Caballito</i>	43
<i>Joaquín y las palabras</i>	47
<i>Calle Laserre</i>	51
<i>Jugar a la mancha</i>	55
<i>Por nada del mundo</i>	59
<i>Un viaje de película</i>	65
<i>Unas rimas que se arriman</i>	69
<i>En tren de descubrimiento</i>	75

## ¡Adelante, adelante, valeroso navegante!

—Yo quiero ser navegante —dijo esa mañana Marco Delarco—. Quiero pasarme la vida viajando en barco.

Su tío abuelo Froilán Cha y su tía abuela Enrica Noa, que se habían pasado la vida recorriendo el mundo y surcando los océanos más bellos y profundos, lo habían dejado como único legítimo heredero de un hermosísimo y excelente velero.

La decisión ya estaba tomada. Pero de pronto recordó una dificultad inesperada.

A Marco le fascinaba el mar y le encantaba ir a la playa y nadar. Pero nunca había navegado en alguna embarcación, ni siquiera en un bote o en una balsa sencilla, porque lo aterraba la idea de un naufragio que le impidiera volver a pisar la orilla.

Sin duda, era un gran inconveniente. La sola idea de perderse para siempre entre las olas le hacía temblar los dientes.

Pero al mismo tiempo, ¡qué lucha!, ansiaba recorrer los mares, desembarcar en islas desconocidas y explorar nuevos lugares.



El agua tenía para él un maravilloso encanto. Nada había en el mundo que le gustara tanto.

Pero no podía superar de ninguna manera el miedo de quedar en medio del oleaje, asido a algún frágil trozo de madera.

¡Qué tremendo desafío! ¡La situación lo hacía pasar en un instante del calor al frío!

Mañanas, tardes y noches se dedicó a pensar incesantemente. Hasta que al final tuvo una ocurrencia que le iluminó la mente.

Entró a una tienda de artículos de navegación llamada “El que nada no se ahoga” y compró metros y metros de una fuerte y resistente sogá. Entonces, fue hasta el vele-ro y esto es lo que hizo primero: lo ató a una punta de la sogá, tan extensa que podía cubrir una distancia inmensa. Ató el otro extremo a un muelle con nudos de tanta firmeza, que todos los temores abandonaron su cabeza.

10

Poco después zarpó y se lanzó a la aventura. Sentía que podía enfrentar el mar abierto con actitud serena. Y al mismo tiempo estaba tan seguro como si nadara en una bañera.

Pasaban los días y Marco navegaba con alegría. Ya no le asustaba estar lejos de la orilla. La sogá lo mantenía unido a tierra, ¡qué gran maravilla!

Las olas podían hacer lo que quisieran. A él ya no le atemorizaba que lo embistieran.

Tampoco temía que se desencadenaran vientos o tornados. Estaba protegido, nunca tendría que regresar a nado.

La idea de un naufragio se había ido por completo de su pensamiento y se sentía tranquilo y contento. Además, la brisa era apacible y no se le presentaron peligros terribles.

De pronto, junto al velero emergió la cabeza de un delfín que saludó a Marco Delarco con sus aletas y de inmediato comenzó a hacer divertidas piruetas.

—¡Hola, amigo delfín! Hace tiempo que quiero conocer personalmente a un pez saltarín —le dijo el navegante para darle la bienvenida—. Me siento muy feliz. Estoy realizando el sueño de mi vida, navegar por los mares y conocer maravillosos lugares.

El delfín dio unos cuantos saltos en los que le asomó todo el cuerpo y Marco entendió que le decía: “¡Cuánto me alegro!”.

Enseguida, Marco tuvo la oportunidad de saludar a un animal marino de tamaño tan descomunal que le hizo pensar que en todo el planeta no habría otra igual.

—Hola, amiga ballena —exclamó—, encantado de verla. Estoy en medio de una experiencia muy buena. Siempre pensé que recorrer los mares me traería una gran felicidad, y ahora, por fin, se ha vuelto una realidad.

La enorme ballena lo acompañó un buen trecho, mientras Marco disfrutaba de su compañía muy satisfecho. Finalmente, la inmensa criatura marina hizo un gesto que Marco interpretó como una despedida.

Al rato, cerca del feliz navegante pasó un barco bastante más grande que el suyo, que llevaba muchos tri-



pulantes. Enseguida entablaron un diálogo muy animado con Marco, que estaba cada vez más entusiasmado.

—¡Hola, amigos marineros! ¡Yo soy Marco, hombre de mar y aventurero!

—¡Hola, amigo! ¡Te deseamos una feliz navegación a bordo de tu hermosa embarcación!

—Por favor, si se cruzan con algún salmón, denle de mi parte un abrazo de todo corazón.

—Si te salen al encuentro peces de colores, que sepan que para nosotros adornan el mar como si fueran flores —le respondió un marinero.

—Y si se te acerca algún pejerrey, no te olvides de decirle que yo lo considero un rey —agregó otro, que llevaba anteojos con marco de carey.

12

—Y yo les mando mis cariñosos saludos a todas las mojarritas —exclamó un marinero que se protegía del sol con una llamativa gorrita.

—Yo te pido que si ves a las toninas, les digas de mi parte que son divinas. Ah, y cuando visites una isla, no dejes de probar los cocos —gritó otro marinero mientras su barco ya se iba alejando de a poco.

Marco navegaba contento; ver la inmensidad del mar y el horizonte lo hacían sentir dichoso. ¡Era un paisaje verdaderamente hermoso!

Avanzaba cantando mientras movía el timón, cuando de pronto vio una isla que le llamó la atención.

¡Ah! Desembarcar en una isla desconocida. ¡Quién sabe qué descubrimientos haría! Seguramente habría frutas sorprendentes y sabrosas, y aves de dulce canto y plumas hermosas.

El velero se iba acercando a esa orilla nueva, ansioso por pisar su dorada arena. “¡Ya falta poco! ¡Ya casi la toco! Pasaré unos días en esta isla y después me internaré en el mar abierto para visitar lejanos puertos”.

Así pensaba Marco, cuando sintió que el velero se detenía con un fuerte tirón y que no respondía a los movimientos del timón.

Poco tardó en comprender que la soga había llegado al límite su extensión, y enorme fue su decepción. No podría seguir adelante. Y eso era terminar con sus sueños de navegante.



Pero un momento después se dio cuenta de que no quería abandonar su anhelo. ¿Por qué iba a dejar de navegar, si cuando lo hacía se sentía tan feliz que le parecía estar tocando el cielo? Así fue como resolvió que lo que iba a dejar atrás era su miedo, y al pensar en navegar sin ataduras no se le movió ni un pelo. ¡Era el mismo Marco de siempre, pero al mismo tiempo era un Marco nuevo!

Una vez tomada la decisión, en un instante deshizo el nudo que ataba la soga a la embarcación. Ahora sí podía elegir su rumbo: lo esperaban todos los mares del mundo.

## Se busca pirata

Todavía faltaba un par de horas para que oscureciera cuando Sebastián decidió ir a pasear por la playa con su perra Minerva. A los dos les encantaba ver cómo las olas se deshacían una y otra vez sobre la orilla para volver a rehacerse enseguida, siempre iguales y siempre distintas. Pero ninguno imaginó que esa tarde las olas los sorprenderían tanto. Porque de pronto, por entre la espuma y el agua salada que el mar lanzaba sobre la playa apareció la cabeza de un hombre barbudo. Y después el resto de su cuerpo aferrado a un trozo de madera. Cuando el hombre llegó a la orilla se tendió boca arriba con lo que parecían ser sus últimas fuerzas. Entonces el niño y la perra que lo miraban asombrados vieron que tenía un ojo cubierto por un parche y que una de sus manos había sido reemplazada por un garfio.

15

Sebastián había leído demasiados libros de piratas como para tener alguna duda acerca de ese hombretón enorme que el mar acababa de dejar sobre la arena.

De todos modos, no tuvo tiempo para interrogantes. Enseguida oyó que el hombre lo llamaba con un hilo de voz.

—Eh, muchacho, por favor acércate. ¿Quién eres? ¿Y qué mar es este?

—Soy Sebastián y ella es mi perra Minerva. Y éste es el océano Atlántico.

—¿Norte o sur?

—Sur. ¿Y usted quién es? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Soy Arnoldo el Rojo. Después te contaré lo demás. Ahora escúchame, por favor. Me estoy muriendo de sed y de hambre. Ve a buscarme algo.

Sebastián y Minerva corrieron a buscar agua y algo de comer con la rapidez con que un padre o una madre se hubieran arrojado al agua para salvar a un niño de morir ahogado.

Una vez que Arnoldo el Rojo hubo bebido y comido habló con una voz que ya no era un débil hilo, sino que comenzaba a asemejarse a una sogá resistente y fuerte.

—Gracias, muchacho. No estoy acostumbrado a pedir que me atiendan o que me ayuden, pero esta vez no tuve otra salida. Soy un pirata, ¿lo sabes?

16

Sebastián asintió con un gesto y Arnoldo prosiguió:

—Lo último que recuerdo es que navegaba en una fragata que naufragó. Logré subirme a una balsa que el mar fue convirtiendo en astillas. No sé cómo llegué hasta aquí.

Después de intercambiar unas cuantas preguntas, unas pocas respuestas y muchas conjeturas, a Sebastián y Arnoldo el Rojo los unió el mismo escalofrío. Hacía más de trescientos años que la embarcación en que viajaba el pirata había naufragado. Sebastián, que estaba familiarizado con las historias fantásticas que veía en la pantalla del cine o del televisor, pensó que la balsa en que se había salvado el hombretón no era lo único que se había ido astillando. Era como si también el tiempo, el tiempo de los relojes y de los almanaques, se hubiera

resquebrajado para permitir que Arnoldo atravesara, sin darse cuenta, la barrera de los siglos.

—No entiendo qué sucedió —dijo la voz que los años habían teñido de viento y sal—, pero nunca me preocupó mucho entender, sino más bien hacer.

—Yo tampoco entiendo —dijo la voz del niño—. Y siempre tengo que entender antes de hacer.

—Pero ahora no podemos enredarnos en la búsqueda de explicaciones —dijo Arnoldo con algo de desesperación en la garganta—. Estoy en un lugar y una época que no conozco, y tengo que recuperar el tiempo que perdí. Un pirata no puede vivir de la caridad ajena. Necesito ganarme el sustento.

—Si quiere, puedo ayudarlo a encontrar trabajo.

—¿Trabajo? Toda mi vida he sido un pirata. Y no hay ninguna otra cosa que pueda ser.

17



—Vuelvo en un momento —dijo Sebastián y salió corriendo, seguido por Minerva.

Efectivamente, niño y perra regresaron en un instante. Sebastián traía unos papeles bajo el brazo.

—Es un diario —le aclaró. Aunque Arnoldo no había pronunciado ninguna pregunta, la expresión de su cara pedía una respuesta.

—¿Como los diarios que llevan los capitanes a bordo de las naves?

—No. Es bastante distinto. Trae noticias y tiene una parte con avisos, para encontrar trabajo. Estoy seguro de que habrá más de uno que pida un pirata. Últimamente hay avisos que piden y ofrecen de todo. —Y le extendió el diario a Arnoldo el Rojo.

18

—Muchacho, vas a tener que ayudarme un poco más. Yo no sé leer.

Sebastián abrió el diario en la página de los clasificados. Empezó a recorrer los avisos en silencio, pero enseguida exclamó: —Aquí hay uno. Escuche: “Empresa de productos lácteos busca pirata para vender alimentos en mal estado. Excelente remuneración”. Barrió la página con la mirada y agregó: —Otro: “Laboratorio extranjero busca pirata para introducir en el país medicamentos que enferman”. Y lleno de entusiasmo siguió: —Hay muchos, va a poder elegir. Seguro que en alguno lo toman. “Fábrica textil busca pirata con clientes en el exterior para exportar prendas de vestir que se deshacen al primer lavado”.

Sebastián levantó la mirada e interrumpió un momento la lectura. La expresión de Arnoldo el Rojo le derrumbó el entusiasmo.

—Uno más —murmuró. Y siguió leyendo, pero ya sin convicción—. “Editorial busca expertos en comercialización de ediciones piratas”. Bueno, tendría que explicarle lo que son ediciones piratas, usted no debe saber.

Arnoldo el Rojo asintió con un gesto. Estaba a punto de decir algo, pero Sebastián le ganó de mano.

—Aquí hay otro más: “Inmobiliaria de prestigio busca piratas para venta de casas de construcción defectuosa bien disimulada. Enviar carta manuscrita con antecedentes y sueldo pretendido a...”.

Ganado por un malestar cercano a la indignación, Arnoldo el Rojo lo interrumpió.

—Creo que he venido a dar a una época en que se llama “pirata” a algo que no guarda ninguna relación con nosotros. Quiero decir, con la clase de pirata a la que pertenezco. Hay una confusión. Un pirata no es un vendedor ni un estafador. Un pirata es alguien que prefiere vivir según el rumbo que el mar le indica, y no de acuerdo con las reglas que impone a la sociedad humana el capricho de los poderosos. Un pirata es un buscador de tesoros, para el que son más importantes las aventuras propias de la búsqueda que el hallazgo en sí. Un pirata es un descubridor de horizontes nuevos, de islas desconocidas, de paisajes nunca vistos. Un pirata es un navegante que lleva en la sangre el desafío de no sucumbir a las tempestades



para disfrutar de la calma que nace cuando la tormenta termina y prepararse para la próxima tempestad.

—Discúlpeme —dijo Sebastián con algo de temblor en la voz—. Yo solo quería ayudarlo a encontrar trabajo. No me di cuenta de que hoy ya casi nadie sabe qué es un verdadero pirata. Pero yo sí lo sé. Y cuando crezca, voy a ser un pirata como usted. Aunque tal vez navegue por los planetas y las estrellas, y no por el mar.

—Te entiendo, muchacho. Y no hace falta que pidas disculpas. Pero sí necesito que me ayudes un poco más. Tengo que volver a mi mundo, necesito algo con que internarme en el mar y retornar al tiempo del que vengo y del que no sé cómo salí, pero al que creo saber regresar. Aún me quedan muchos días por vivir, pero sé que es allí donde tengo que estar.

20

—Tengo una embarcación —anunció el niño.

—¡Qué buena noticia! ¿Y me la prestarías?

—Estoy dispuesto a dársela para siempre, si es necesario. La traeré mañana apenas salga el sol. Ahora Minerva y yo vamos a ir a casa para buscarle algo de beber y de comer.

—Sebastián, por favor, no quiero comida, solo algo de agua. Pero si tienes una caña de pescar te agradecería que me la trajeras.

—Claro, ya vuelvo —alcanzó a decir Sebastián antes de salir corriendo.

Un poco más tarde el mar brindaba alimento al hombre que arrojaba una y otra vez la caña desde la orilla.

Al día siguiente Sebastián llegó a la playa arrastrando una caja. Minerva correteaba junto a él.

—Ayúdeme a sacarlo, por favor —fueron las palabras con que saludó al pirata—. Es un bote de goma. Inflable.

Hasta el momento Arnoldo solo había conocido botes de madera, pero sabía que no tenía sentido preguntar. Tenía muy claro que la trama de su vida estaba hecha por la permanente aparición de lo que un instante antes le era desconocido.

—Tome, apoye un pie acá y se va a empezar a llenar de aire —le indicó Sebastián mientras le extendía el inflador.

A medida que el bote comenzó a tomar forma, niño y pirata comenzaron a sentir una emoción agazapada que crecía en su interior. Se acercaba el momento de la despedida y, en silencio, los dos se preguntaban si alguna vez se volverían a encontrar.



—Gracias, muchacho —dijo Arnoldo con una voz que se parecía al sonido de los remos acariciando el agua.

Después los minutos se fueron deslizándose hacia el abrazo final, del mismo modo en que Arnoldo se deslizó sobre el bote y el bote sobre el mar, hasta que pirata y niño se convirtieron, el uno para el otro, en un diminuto punto que se alejaba cada vez más y que al mismo tiempo se quedaba para siempre, como una presencia invisible, en el interior de cada uno.

## Un libro de ciencia ficción

Me acerqué a la señora que atendía detrás del mostrador y le pedí que me mostrara algún libro de “ciencia ficción”. Le dije que un amigo me había insistido mucho en que leyera algo de ese tipo.

Ella me miró con una cara tan sorprendida que por un momento pensé que tal vez me habría tomado por un extraterrestre. Después me dijo:

—¿De ese tipo? ¿De qué tipo? Y además, al autor de un libro no está bien decirle “tipo”. Se merece más respeto. Por favor, llámelo autor o escritor.

Y este fue el diálogo que mantuvimos:

—Señora, al decir “tipo” no me refería al autor, sino a la clase de libro. Mi amigo me recomendó que leyera un libro de “ciencia ficción”. Quiero un libro de esa temática, de ese...

—Género.

—Señora, no estoy hablando de géneros ni de telas. Estoy hablando de libros.

—Señor, permítame compartir con usted una pequeña reflexión. Cuando se habla de libros, la palabra “género” se refiere a las diferentes categorías que puede tener una obra literaria.

—Entonces quiero un libro del género “ciencia ficción”.

—Disculpe, pero la verdad es que no sé qué es la “ciencia ficción”. Aunque tal vez tenga algo que ver con

lo que ocurre cuando dos o más objetos se rozan, por ejemplo es lo que sucede al frotar dos piedras para producir una chispa.

—Entonces seguramente cometí una equivocación. Ha de ser un libro de “ciencia fisión”.

—¿“Ciencia fisión”? No conozco ese tipo de libro. Pero, déjeme pensar... la fisión puede tener que ver con los átomos. Quizás...

—Entonces no puede ser eso. Me parece que tuve una confusión. Creo que mi amigo habló de “ciencia afición”. ¿Tiene algún libro de eso?

—¿De eso? ¿Usted quiere decir de “ciencia afición”? Yo no conozco esa clase de libros. Pero, a ver, un momento... La afición tiene que ver con algo que nos gusta, por ejemplo, alguien puede ser aficionado a la música, entonces...

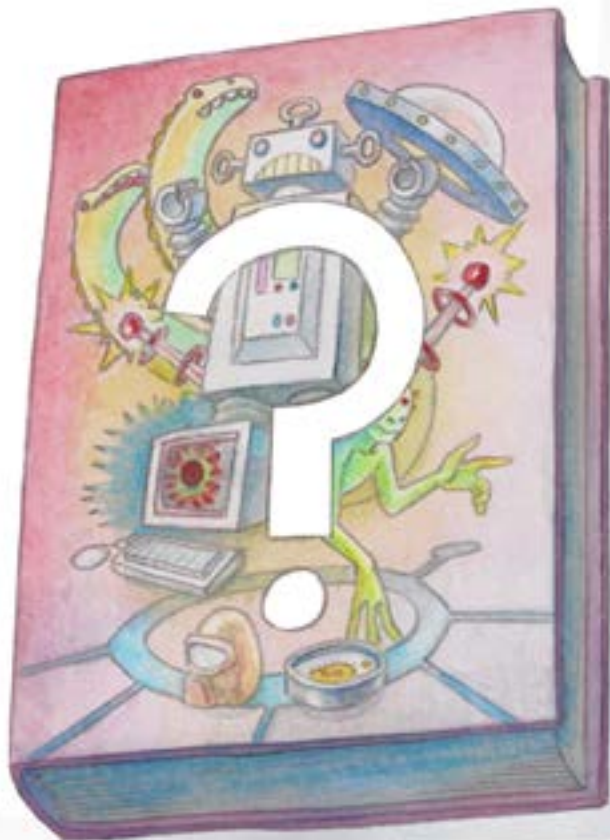
24

—Entonces, no creo que sea eso. ¡Ya sé! ¡Lo que dijo mi amigo era “ciencia ficción”! ¡Creo que por fin lo digo con corrección!

—Sí, podría ser. Los libros de ficción se relacionan con temas o personajes imaginarios.

—¡Ah, no! Entonces, no es eso. Mire usted si mi amigo me va a recomendar un libro donde la ciencia se tome como algo imaginario... No veo ninguna conexión.

En ese momento pensé que lo mejor era llamar a mi amigo y pedirle que me aclarara lo que había dicho. De modo que me despedí de la señora que tan amablemente me había atendido y seguí mi camino en otra dirección.



## Una asombrosa llama en el desierto

Por extraño que parezca, la historia es así. Ella se llama Ayelén. Él se llama Martín.

Él nació cerca del Río de la Plata. Ella, mucho más al sur.

No se conocen. Y esto no tiene nada de extraño, porque eso es lo que le pasa a la mayor parte de la gente que hay en el mundo. No se conocen entre sí.

Ella vive en un lugar. Él vive en otro. Él tiene una familia. Ella tiene otra. Ella tiene dos ojos. Él tiene otros.

En algunos aspectos Ayelén y Martín se parecen. En otros, son muy diferentes. Y no solamente en el color de la piel o del cabello.

Hay un pequeño animal volador que él llama *picaflor* y ella llama *pinda*. Hay otro, como un gato enorme; para él es *jaguar* y para ella, *nahuel*. Lo que para ella es *leufú*, para él es *río*. Pero aunque no se conocen, cuando se ríen, los dos ríen igual.

Un objeto duro que él llama *piedra*, para ella es *cura*. Para él, en cambio, *cura* tiene que ver con alejarse de la enfermedad.

Una vez estuvo enfermo y se curó. Casi hubiera preferido no curarse, porque enseguida lo mandaron a un lugar lejano a pelear. Él no estaba seguro de que tuviera ganas de pelear, menos contra gente a la que ni conocía.

Lo que ella llama *mapu*, él llama *tierra* y también *pueblo*. Para él, durante mucho tiempo *mapu* no quiso decir

nada. Pero le parecía que llegar a una tierra desconocida para matar al primero que se pusiera adelante no era la mejor manera de llegar.

Lo que ella llama *pirré*, él llama *nieve*. Y a los dos les daba frío. Sí, Ayelén y Martín no se conocen, pero los dos están con mucho frío. Sobre todo porque en esa época, todo se empezó a helar desmesuradamente. Y el resto de la gente que andaba por ahí también tenía mucho frío. Se congelaban los campos y las semillas, se congelaban los árboles y los pájaros. Se congelaban los chicos y los viejos de barba blanca. Se congelaban las mujeres y los hombres de piel oscura y también los de piel clara.

Hacía mucho frío, y el fuego que salía de los rifles y los cañones no servía para calentar nada.

28

Lo que Ayelén llama *peñi*, Martín llama *hermano*. Y el frío los estaba hermanando a todos, el frío que salía de las armas de fuego les estaba abriendo a todos una sombría herida helada.

Y con cada disparo el frío crece y no hay con qué encender un fuego que sirva para entibiar las manos o echarse algo caliente en la garganta.

Lo que ella llama *ruca*, él llama *casa*. Y él soñaba con el amparo de un hogar con leños encendidos mientras sus pies resbalaban por una tierra helada.

Ayelén y Martín no se conocían. Cada cual vivía su vida y andaba su camino. Pero de golpe las líneas de los dos caminos se encuentran en un mismo punto. Y hay como un chispazo en ese punto y de ahí nace una llama. Es una llama de amor en sus miradas.



Es una de esas llamas que se encienden y quedan instaladas, y se abren camino y producen un intenso calor que se propaga.

Y la llama se agiganta y se transforma en pájaro de increíbles alas. El pájaro levanta vuelo y riega la tierra con una lluvia de pequeñas llamas.

Son de esas llamas que derriten el hielo de los ríos, pulverizan el frío de los corazones y entibian los campos y las casas. Y hacen brotar frutas y flores y canciones, y una alegría que se contagia y se desparrama. Y las armas se tragan ese fuego que nunca pudo dar calor a nada.

Ayelén y Martín ya no se separan. Están unidos por una llamarada.



## Una nave especial

En un bosque fabuloso donde los animales sabían hablar con palabras, todos conversaban, desde las mariposas hasta las cabras. Y allí vivieron una aventura especial, cuando el milenio pasado llegaba al final.

Estos animales eran muy buenos amigos, y esa noche se habían reunido. Cada tanto se encontraban para pasar un rato juntos, les gustaba conversar y charlar de sus asuntos. Les encantaba compartir buenos momentos hablando de sus cosas o, simplemente, comentando el tiempo.

Pero esa noche no era una noche cualquiera. De ninguna manera. Era nada más y nada menos que el último día del año, por eso había muchos animales de todas las clases y todos los tamaños. Querían hacer un gran festejo, y habían llegado algunos de cerca y otros, de muy lejos.

Había animales de todo tipo: caballos, perros, hormigas, gallos. Había ranas, grillos, ardillas y también serpientes, leones, polillas. Los había gigantes, como el elefante y los había chiquitos, como el mosquito. Había voladores, como la abeja, y había lanudos, como la oveja. Había de todo, avestruces, conejos, monos y también patos, gallinas, gatos, vacas y toros. Y, por supuesto, hasta había loros.

Porque ese fin de año era especial. Algo muy nuevo iba a empezar. Cuando el año viejo llegara a su fin, co-

menzaría... ¡el año dos mil! Y para todos ellos era la realización de un sueño: empezar juntos un nuevo milenio.

Cada uno había traído algo para compartir con los demás en la mesa, pero no sabían que también los esperaba una sorpresa.

Brillaban las estrellas. La noche era hermosa. Pero de pronto... ¡también brilló otra cosa! Estaba en el cielo y no estaba quieta. No era la luna ni era un planeta. Tampoco era un helicóptero ni era un avión y su paso despertaba una rara emoción. Avanzaba en la noche y dejaba una huella, refulgente y dorada como polvo de estrellas.

Uno a uno los animales elevaron los ojos y vieron un extraño objeto rojo. Era de un color tan brillante como nunca habían visto antes. El objeto que volaba no era ningún tipo de pájaro ni de ave. Estaba claro que era una nave. Una nave que atravesaba el cielo y, poco a poco, parecía acercarse al suelo.



—¿Qué será eso? —preguntó el avestruz—. ¿Algo que vuela lleno de luz?

—Me parece —dijo el pato— que tiene forma de plato.

—¿Qué plato? —preguntó el gato—. ¿El plato de la ensalada?

—¡Pero, no, qué ensalada ni qué nada! ¡Es un plato volador! —exclamó el picaflor.

Y en un instante, los animales se llenaron de interrogantes. En la cabeza les zumbaban mil preguntas, y querían contestarlas todas juntas:

¿Quién sabe cómo serán los tripulantes de esa nave? ¿Quiénes habrán emprendido este viaje? ¿Qué pasará después del aterrizaje? ¿De dónde vendrán? ¿Cómo serán? ¿Cómo será su aspecto? ¿Nos tratarán con afecto?

Estaban todos muy asombrados. El nuevo milenio les traía una sorpresa especial, ¡la visita de una nave espacial! ¡Iban a tener una experiencia que nunca antes habían vivido, el contacto con algo desconocido! Lo que se estaba acercando no era un bote ni una bicicleta, ¡era una nave de otro planeta! Y la envolvía un aire de magia, como si viniera de otra galaxia.

Mientras la nave bajaba, los animales miraban y miraban. Algunos se sentían curiosos; otros, un poco temerosos. Muchos estaban desconcertados; y otros, entusiasmados.

Y ahí empezó una animada conversación, donde cada uno dio su opinión y dijo cómo se imaginaba a los tripulantes de la nave que bajaba.

Se dijeron muchísimas cosas, porque hablaron todos, desde el elefante hasta la mariposa. Y cada uno se había formado la idea de que era capaz: de acuerdo con lo que conocía más. Eran tantos los animales que se habían reunido para festejar el nuevo milenio, que solo vamos a contar lo que dijeron los de mayor ingenio.

El primer animal que habló dijo: —Creo que si vienen de otro planeta, deben ser muy inteligentes, como nosotros, las serpientes.

—No creo —dijo el león—. A mí me parece que son como nosotros, los leones, fuertes y de grandes corazones.

—Yo pienso lo mismo —dijo el gorrión.

—¿Que son como los leones? —preguntaron todos a coro, incluido el loro.

34

—No, pienso que son como nosotros, los gorriones, saben volar y tienen plumas marrones.

—A mí me parece que son como yo —dijo el cocodrilo— audaces y tranquilos.

—Yo creo que tienen trompa y son muy elegantes, igual que yo —dijo el elefante.

—Yo creo que les encanta tener amigos y amigas, como a nosotras —dijo la hormiga.

—Yo creo que tienen muchos colores, como nosotros, los picaflores.

—Yo creo —dijo la osa— que son como yo, inteligente y valerosa.

—Deben ser simpáticos y sanos, como nosotros, los gusanos.

—Yo creo que son veloces como un rayo, igualito que nosotros, los caballos.

—Yo creo que son como yo —dijo el canario— que tengo un canto extraordinario.

—Yo creo que les encanta hacer macanas, igual que a mí —dijo la rana.

—Yo creo que tienen una vida alegre y risueña, como nosotras, las cigüeñas.

—Yo creo —dijo el grillo— que son como nosotros, musicales y sencillos.

—Yo creo que tienen una voluntad de hierro, como nosotros, los perros.

—Yo creo que son como los mosquitos, valientes y pequeños.

—Yo creo que son como yo —dijo el jaguar— saben vivir en cualquier lugar.

—Y yo estoy bien seguro de que son como nosotros, los canguros.

—Yo creo que son como nosotras, las golondrinas, de cuerpo hermoso y alas finas.

Y así, cada uno fue diciendo cómo se imaginaba a los tripulantes de la nave espacial, y cada uno se lo imaginaba como a sí mismo, exactamente igual.

Y mientras cada uno opinaba según le parecía, la nave descendía. De pronto, se escucharon sonar doce campanadas y hubo un silencio en el que nadie dijo nada. Después, todos corrieron a saludarse y a intercambiar buenos deseos para el milenio nuevo. Y en ese momento la nave aterrizó, brillante como un plato volador de fuego.

Cuando se abrió la puerta y los tripulantes bajaron, los animales tuvieron una experiencia sorprendente. No eran como ninguno se los había imaginado. ¡Eran totalmente diferentes! No tenían ningún parecido con nada que hubieran conocido. Pero sabían hablar su idioma y eran amistosos y los invitaron a dar un paseo maravilloso.

Ese día tan especial los animales subieron a la nave espacial y con sus nuevos amigos dieron una vuelta por el universo. Y disfrutaron muchísimo viendo que era inmenso y descubrieron sorprendidos que había mucho más de lo de hasta entonces habían conocido.



## Tal vez se acuerda

Entré y le pedí un instrumento musical a la primera persona que vi. Se disculpó y me dijo que también había ido a comprar uno y que por eso no me podía atender. Yo no sé qué tiene que ver una cosa con la otra, pero le dije que gracias y me paré delante de un mostrador. En realidad, no sé si era un mostrador, porque no mostraba nada. Era un mueble de madera que parecía separar el lugar en dos.

Enseguida apareció un señor sonriente. En este momento no puedo evitar preguntarme si al escribir *sonriente* no estoy cometiendo un error, porque *son* es un verbo en plural y *riente* es en singular; tal vez lo correcto sería *sonrientes*. Pero estoy hablando de un solo señor, así que tendría que ser en singular. Me parece que si me sigo dedicando a pensar en eso, me voy a desviar de lo que quiero contar.

El señor con sonrisa que estaba detrás de lo que tal vez fuera un mostrador se me acercó y me preguntó si me podía ayudar en algo. Yo le dije que tenía mucho trabajo atrasado en la oficina y también en casa, y que si quería me podía ayudar a terminarlo. Él me contestó que no se había referido a esa clase de ayuda y yo le pregunté de qué ayuda hablaba. Me respondió que hablaba de ayudarme a elegir lo que quería comprar ahí. Entonces le pedí un instrumento musical, pero no me fue de mucha



ayuda porque me preguntó cuál, que era justamente lo que yo no sabía. Fue más o menos como lo que sigue:



—Quiero llevarme algún instrumento.

—¿Cuál?

—No sé. ¿Cuál me conviene más?

38

—Eso depende de lo que usted quiera. ¿Le gustaría un instrumento de viento?

—Un instrumento de viento puede terminar provocando un huracán, un tornado o un ciclón. Mejor no.

—Los instrumentos de viento no producen efectos sobre el clima. Se lo aseguro.

—¿Para qué lo voy a asegurar si todavía ni sé si lo voy a llevar? Además, no pienso comprar un instrumento tan caro que necesite un seguro.

—Cuando digo que se lo aseguro, no le digo que le voy a vender un seguro. Le estoy diciendo que los instrumentos de viento no producen efectos climáticos y que se lo afirmo.

—¿Me lo afirma para que no se vuele si hay un huracán?

—No...

—Ah, ¿entonces va a dejar que el huracán se lo lleve? Para eso no lo compro.

—Es que no va a haber ningún huracán.

Después de escribir esta frase me pareció que podía ser confusa. Porque conozco muchas personas que confunden a *ver* y *haber*, y si alguien se la lee a otro en voz alta, el que la escuche tal vez no sepa si dice “Es que no va a *ver* ningún huracán” o “Es que no va a *haber* ningún huracán”. Entonces, mejor lo escribo de otra forma.

—Es que no habrá huracán.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Es adivino, acaso? ¿O meteorólogo?

—Disculpe, ¿mete... qué?

—Meteorólogo. Es una persona que sabe pronosticar el tiempo.

—No, desde luego, no lo soy. Lo que quiero dejar en claro es que los instrumentos de viento no producen huracanes.

—¿Y cómo va a hacer para dejarlo en claro? ¿Le va a pasar pintura blanca?

—No. Dígame con sinceridad, ¿usted sabe lo que son los instrumentos de viento?

—No.

—Permítame que le dé algunos ejemplos. La trompeta...

—¿La trompeta?

—Sí.

—Pero *trompeta* me hace pensar en la trompa de un elefante, y no quiero llevarme un instrumento así.

—¿Y un clarinete?

—¿Un clarinete? No. Me da idea de claridad, y con la claridad no voy a poder dormir nunca. Yo necesito que esté oscuro para dormir.

—Creo que va a ser mejor dejar de lado los instrumentos de viento.

Apenas terminé de escribir la frase, tuve la sensación de que también podría resultar confusa. Porque si alguien la llegara a escuchar, podría pensar que dice: “Creo que va a ser mejor dejar *de helado* los instrumentos de viento”, en lugar de “Creo que va a ser mejor dejar *de lado* los instrumentos de viento”. Y podría parecer que estoy escribiendo palabras sin sentido. La voy a cambiar.

—Creo que mejor le propongo otra clase de instrumentos. ¿Qué le parecen los de percusión?

40

—*Percusión* me hace pensar en algo percutido, gasado, ajado. No me interesa un instrumento de ese tipo.

—Pero, unos platillos, por ejemplo...

—¿Unos platillos? No. *Platillos* me hace pensar en comida, y voy a terminar comiendo a toda hora.



—Bien. ¿Y algún teclado?

—¿Teclado?

—Sí.

—La verdad es que para teclado, ya tengo el de la computadora. No necesito otro.

—¿Y un órgano?

Me quedé un momento en silencio. Busqué un espejo y, con la boca muy abierta, miré bien hacia adentro. Entonces dije con seguridad:

—Todos mis órganos están en perfecto estado. No necesito que me dé otro.

—¿Y qué me dice de un bandoneón?

Estaba por decirle que *bandoneón* me sonaba a *bando de neón* y que eso me hacía pensar en una historia de ciencia ficción y me daba ganas de imaginar si el bando de neón se enfrentaba a otro por alguna causa muy importante, y que entonces no me podría concentrar en tocar un instrumento.

Pero no se lo dije, porque cuando estaba por abrir la boca, el empleado, que seguía sonriendo, tomó el bandoneón entre las manos y empezó a hacer sonar la música de una milonga. En cambio, exclamé:

—Esa música es con fusa.

De inmediato percibí que mi frase era confusa, y decidí reemplazarla por otra.

—La música que usted toca es bonita, y tiene fusas y corcheas.

Me pregunté para mis adentros si las corcheas tendrían algún parentesco con los corchos, pero no llegué a decirlo para mis afueras.

El empleado de la sonrisa había dejado de tocar y me preguntó:

—¿Y? ¿No quiere llevar un bandoneón?

Estuve a punto de contestarle lo del bando de neón y la ciencia ficción, pero simplemente le dije que no.

—Entonces, si no quiere llevar instrumentos de viento ni de percusión, si no quiere trompetas ni clarinetes ni platillos ni teclados ni órganos ni bandoneones, tal vez sea cuerda...

—Sí, me acuerdo. Ahora me acuerdo bien. Lo que quiero comprar es una guitarra. Una como esa —le dije, y señalé la que estaba en la vidriera.

42

No bien el empleado de la sonrisa la puso en mis manos, ella me cantó al oído:

—Hace tanto tiempo que te estoy esperando. Pensé que nunca vendrías.

La abracé con cuidado, le pagué al empleado y salí, rebosante de una felicidad desconocida.

## Caballito

Maxi estaba por irse a dormir cuando se le ocurrió comentarle a la mamá:

—Hoy en la escuela estuvimos hablando del barrio. Decime, mami, ¿vos sabés por qué el nuestro se llama Caballito?

La mamá le dijo que no sabía. Pero como le gustaba mucho inventar cuentos, enseguida agregó:

—Pero conozco una historia que anda por ahí y que lo explica, aunque no sé si es cierta. ¿Querés que te la cuente?

—Sí, mami, dale.

—Una vez, hace mucho tiempo, cuando este barrio todavía no tenía nombre, había una calesita en el Parque Rivadavia, que vendría a ser algo así como la abuela de la que hay ahora.

“En esa calesita había caballos, aviones, barcos y autos, todos de juguete, que siempre daban vueltas y vueltas en el mismo lugar. Pero un día, uno de los caballos se cansó de estar arriba de la calesita y de dar siempre la misma vuelta. Sintió ganas de hacer otro recorrido.

“Por primera vez miró un poco más allá del parque y vio que el barrio seguía en calles empedradas, en esquinas con buzones y en veredas donde los vecinos se sentaban a tomar mate.

“Después miró todavía más lejos, y descubrió que las calles se continuaban en caminos de tierra bordeados

por pasto y flores. Más allá había grandes extensiones de campo abierto. Y desparramados por el campo, ranchos con chimeneas de las que salía olor a pan caliente.

“El caballo sintió un gran deseo de conocer esos lugares en los que nunca había estado, de andar por caminos nuevos y correr a todo galope por ese campo que parecía no terminar nunca. Y fue tan grande su deseo, que dejó de ser un caballo de juguete y se convirtió en uno de verdad.

“Cuando llegó la noche y en el parque ya no quedaba nadie, el caballo se bajó de la calesita y, muy contento, se largó a trotar por las calles hasta llegar al campo. Dicen que al amanecer llegó a un rancho donde una familia con varios hijos lo invitó a quedarse a vivir ahí.

44

“El caballo fue muy feliz. De vez en cuando volvía al parque y visitaba la calesita. Entonces algunos chicos que lo había conocido ahí lo saludaban: “Hola, caballito”, “¿Cómo estás, caballito?”, “Buenas tardes, caballito”. Y tanto se escuchó por ahí la palabra *caballito*, que quedó como nombre del barrio”.

—Ah, de ahí viene —dijo Maxi con voz muy bajita, porque le estaba empezando a dar sueño. Y enseguida le preguntó:

—Mami, ¿qué es una chaca?

—¿Una chaca? No sé, Maxi, no conozco nada que se llame así —contestó la mamá—. ¿Por qué?

—Y, porque en Chacarita también tiene que haber habido una chaca que se bajó de la calesita y le dio nombre a ese barrio. ¿No te parece?





## Joaquín y las palabras

El rey y la reina vivían en un enorme y lujoso palacio con su pequeño hijo Joaquín, el príncipe. Y también con muchas otras personas que realizaban todas las tareas necesarias para que ellos vivieran con comodidad.

Joaquín era un chico como cualquiera. Pero a todos los que lo rodeaban, lo que más les importaba es que él era el príncipe.

Por eso, en el palacio, cuando alguien le hablaba, lo llamaba “príncipe”. Aunque a él le hubiera gustado más que simplemente lo llamaran por su nombre, Joaquín.

“Buenos días, príncipe”, “buenas tardes, príncipe”, “buenas noches, príncipe”, “¿qué prefiere, príncipe, sopa de arroz o de fideos?”, “¿qué le gustaría más, príncipe, ir al campo o a la montaña?”, “¿qué quiere usar hoy, príncipe, botas o zapatillas?”. Y así le hablaban para decirle todo lo que podamos imaginar.

Cuando le decían “príncipe”, a él le parecía que le hablaban desde muy lejos.



Sí. A veces le parecía que le hablaban desde el fondo del mar.

Entonces trataba de acercarse para escuchar mejor. Pero tenía que meterse en el agua para encontrar las palabras que le habían dicho. Y ahí estaban, tan mojadas, tan empapadas que no se entendían bien.

Si le decían *luna*, Joaquín escuchaba *lana*.

Si le decían *sapo*, Joaquín escuchaba *sopa*.

Si le decían *quiso*, Joaquín escuchaba *queso*.

Otras veces, cuando le decían “príncipe”, le parecía que le hablaban desde un lugar muy distante, por ejemplo, desde otro planeta.

La distancia que tenían que recorrer las palabras para llegar hasta él era tan grande y en el viaje se sacudían y se movían tanto, que llegaban un poco deshechas y no se entendían bien.

48

Si le decían *cama*, Joaquín escuchaba *coma*. Si le decían *coma*, escuchaba *cama*.

Si le decían *selva*, escuchaba *salva*. Si le decían *salva*, escuchaba *selva*.

Si le decían *sala*, escuchaba *solo*. Si le decían *solo*, escuchaba *sala*.

Y a veces, cuando le decían “príncipe”, le parecía que mientras él estaba en el jardín le hablaban desde la ventana más alta de la punta más alta de la torre más alta de la terraza.

Y como la altura desde la que venían las palabras era tanta, antes de llegar a sus oídos rebotaban y saltaban

sobre el suelo. Y allí muchos sonidos se cambiaban de lugar. Así era imposible entender bien lo que le decían.

Si le decían *mesa*, Joaquín escuchaba *masa*. Si le decían *masa*, él escuchaba *mesa*.

Si le decían *casa*, escuchaba *cosa*. Si le decían *cosa*, escuchaba *casa*.

Si le decían *mano*, escuchaba *mono*. Si le decían *mono*, escuchaba *mano*.

La mayor parte del tiempo Joaquín no entendía bien lo que le decían. Y como no escuchaba bien, tampoco era capaz de hablar bien. Y por eso casi no hablaba.

El rey y la reina estaban preocupados. Pensaban que el príncipe tenía dificultades para oír y para hablar. Y en realidad todos en el palacio pensaban lo mismo, porque Joaquín nunca entendía bien lo que le decían y, cuando hablaba, las palabras salían de su boca muy confusas.

Si quería decir *gato*, le salía *rato*. Y si quería decir *rato*, le salía *gato*.

Si quería decir *tanto*, le salía *tonto*. Y si quería decir *tonto*, le salía *tanto*.

Si quería decir *pera*, le salía *para*. Y si quería decir *para*, le salía *pera*.

Todos se preguntaban: “¿Qué le sucede al príncipe? ¿Por qué oye tan mal?”.

Y también: “¿Qué le ocurre al príncipe? ¿Por qué habla tan mal?”.

Todos le decían: “Príncipe, sus oídos no están bien”.

Y también: “Príncipe, sus palabras salen de su boca con errores”.

Un día la reina y el rey estaban preocupadísimos por las dificultades que tenía el príncipe para oír bien y hablar bien. Era tanta su preocupación, que no podían pensar en otra cosa. Fue así que lo llamaron y los dos juntos le dijeron:

—Hijo querido, Joaquín, Joaquincito de mi corazón, ¿qué te pasa?

Por primera vez en su vida Joaquín sintió que le hablaban desde muy cerca y entendió perfectamente lo que le dijeron.

—Nada. Solamente pasa que cuando me llaman “príncipe” me parece que me hablan desde muy lejos y no escucho bien lo que me dicen. Pero si me dicen “hijo querido, Joaquín, Joaquincito de mi corazón”, escucho perfectamente —respondió, sin equivocarse en una sola palabra.

Sus padres se miraron y dijeron: —Qué bien. Todos los días se aprende algo nuevo.

## Calle Laserre

Pocas personas saben que en algunas grandes ciudades hay una calle llamada Laserre.

Algunos creen que el nombre de esta calle es un homenaje a un marino, el Almirante Augusto Laserre, que vivió en Buenos Aires entre 1826 y 1906 y protagonizó más de una destacada actuación en eventos ocurridos en alta mar.

Pero otros, cuya imaginación ha sido enriquecida por la frecuente lectura de relatos y leyendas de toda índole, afirman que la calle Laserre se llama así porque en ella pueden encontrarse todas las erres posibles. Tal vez alguien se pregunte si las erres posibles son muchas, porque se podría decir que la erre es solo una letra. Una más entre todo el resto. Sin embargo, nosotras, las erres, sabemos que tenemos a cargo una importantísima función y que somos las únicas en todo el alfabeto en condiciones de cumplir con ella satisfactoriamente.

Nosotras podemos modificar de manera total el significado de una palabra. Sí, tenemos esa increíble capacidad.

Hay, por ejemplo, erres que con su sola y simple presencia pueden cambiar radicalmente el significado de una palabra. Tales son los casos que mencionaremos a continuación y pondremos a consideración de los lectores, para que lleguen a sus propias conclusiones.

Si alguien quiere disfrazarse en las fiestas de Carnaval y completar su atuendo con una careta, debe tomar las precauciones necesarias para que esta contenga una sola erre. Si inadvertidamente se deslizaran dos, la careta se convertirá en un medio de transporte: una carreta. Un poco lento, pero medio de transporte al fin y hasta capaz de arruinar el disfraz en un descuido.

¿Y qué pasaría si decidiéramos comprar un perro para llevar a casa y sin que nos diéramos cuenta se le cayera una de las erres? No es lo mismo llegar a casa con el cachorro que todos anhelaban, que abrir la puerta y empezar a decir: —Pero, pero, pero, ¿cómo es posible? Si yo traía un perro... ¿Pero, pero, pero, dónde está?

52

Todo lo contrario sucedería si quisiéramos llevar a casa un kilo de peras e, inesperadamente, a la única erre de la palabra se le agregara otra. Esa sí sería una forma rápida e impensada de conseguir una mascota.

Ahora imaginemos a una persona que se está enterando de una noticia. Pero justo en ese mismo momento aparece una erre que tenía el deseo irresistible de conversar con otra y se ubica a su lado. La persona que se estaba enterando de algo se ve repentinamente enterrando la raíz de una planta en una maceta. Por supuesto, queda totalmente desconcertada y sin entender qué sucedió por más que se pregunte cómo fue que el “enterando” se transformó en “enterrando”.

Veamos este otro caso. Un pirata acaba de encontrar un barco abandonado con un tesoro dentro de un cofre. Es demasiado pesado para que lo lleve todo de una vez,

de modo que decide encerrarlo en una cabina del barco, bajo cinco llaves. Pero mientras lo está encerrando allí, una de las erres quiere irse a mirar el mar desde la cubierta. Y el pirata se encuentra de pronto encerrando el piso de la cabina. Sorprendido, se pregunta cómo es posible que él, que detesta ese tipo de tareas, esté pasando cera.

Y ni hablar de las situaciones que, nosotras, las erres, podríamos causar si se tratara de distinguir entre cero y cerro o entre coro y corro o entre caro y carro.

Por todo lo dicho tenemos la dicha de proclamar que las erres somos fundamentales. Aunque también es cier-



to que cualquier otra letra podría argumentar lo mismo. Y sin lugar a dudas, no sería una afirmación errada. Cada letra puede cumplir su función porque las demás desempeñan la que les corresponde. Pero como somos las erres las que estamos hablando, nuestro deber es referirnos a lo que mejor conocemos, es decir, a nosotras mismas. Sí, realmente creemos que lo mejor es dejar que cada letra hable por sí.

Estamos convencidas de que todas las letras tienen importancia, pero nadie puede negar que la nuestra es verdaderamente grande. Por eso, sin querer subestimar a nadie, nos parece justo que una calle lleve nuestro nombre. Y si alguna letra piensa lo mismo, ¡que se consiga una calle o avenida que la nombre! Al fin y al cabo, si nosotras pudimos, cualquiera tendría que poder.

54

Pero si alguien duda de la veracidad de lo que aquí decimos, no tiene más que buscar la calle Laserre en la ciudad de Buenos Aires. En el mismísimo momento de poner los pies en ella, comprobará por sí mismo la verdad de nuestras palabras.



## Jugar a la mancha

A Zulema Ordoñez le gustaba llegar puntual a todas partes. También le gustaba tener siempre todo muy ordenado. Y sobre todo, tener un aspecto impecable. Una simple hilacha asomada en la blusa era capaz de sacarla de las casillas.

Un día, cuando estaba por llegar a su trabajo, el conductor de un colectivo se vio obligado a hacer una rápida maniobra para esquivar a un perro. Y al hacerlo, pasó por un charco de agua. Las ruedas se mojaron y salpicaron a Zulema Ordoñez con un poco de agua barroza. Y su blusa, que era inmaculadamente blanca, se manchó.

Zulema pensó por un momento en la posibilidad de ir a su casa a cambiarse. Pero eso la haría llegar tarde, y ella nunca llegaba tarde. También pensó en faltar al trabajo, pero justo para ese día el jefe le había encargado una tarea muy importante. No sabía qué hacer, cuando de pronto vio una tienda que vendía ropa de abrigo a precios de oferta. Porque era verano y hacía mucho calor.

Entró a la tienda y compró un abrigo, se lo puso y se lo abotonó para que ocultara por completo la blusa manchada.

Llegó a la oficina donde trabajaba y, por supuesto, permaneció con el abrigo puesto. Sus compañeros la miraron extrañados.

—Zulema —preguntaron— ¿qué te pasa? ¿No tenés calor?

—No, no —se apresuró a contestar mientras transpiraba a más no poder—, no sé qué me pasa pero siento mucho frío.

La idea de que la vieran con una blusa manchada le resulta insoportable. Prefería cocinarse bajo el abrigo que mostrar la imagen de una persona descuidada.

Pero el calor era muy grande. Zulema trató de imaginarse que estaba dentro de una heladera e intentó tiritar. Pero no resultó. Recordó una película que había visto por



televisión en la que se mostraban paisajes del Polo Sur y quiso convencerse de que estaba allí. Pero su transpiración iba en aumento y se empezaba a sentir sofocada.

Entonces pensó: “Y si me ven con la blusa manchada, ¿qué?”. Al principio era un pensamiento débil, pero fue creciendo al mismo ritmo con que crecía la sensación de asfixia que le producía el abrigo.

Repentinamente, Zulema se desprendió los botones del abrigo y se lo sacó. Para su asombro, a nadie le llamó la atención la mancha, nadie le hizo un solo comentario. Y ella siguió trabajando. Y lo que es más importante aún, el mundo siguió andando.

## Por nada del mundo

En la época en que yo iba a la escuela hice muchos descubrimientos. Uno de ellos fue que la geografía podía ser divertida o aburridísima, y que todo dependía de cómo fuera la maestra.

Ese día, la clase de geografía se me estaba haciendo una montaña difícil de escalar y prestar atención se me volvía una proeza insostenible. En ese momento, el aula era escenario de un eclipse de colores que no iba a salir en ningún diario. Yo esperaba la llegada del recreo con la impaciencia con que un caminante que atraviesa un desierto espera divisar un oasis.

Cada tanto miraba a mi alrededor y me parecía que todos los chicos, incluida yo, nos estábamos poniendo pálidos, como si nos hubieran apartado del sol hacía muchos años.

La maestra tenía un libro en la mano e iba diciendo nombres de ríos junto con algunas de sus características. Pero en realidad lo que ella llamaba ríos no eran más que rayitas dibujadas sobre el papel, rayitas que no tenían ninguno de los encantos de un verdadero río. Se me hacía difícil imaginar que en esas rayitas alguien pudiera zambullirse y nadar. O que hubiera distintas clases de peces. O que el agua produjera algún sonido al correr entre los juncos.

Yo esperaba el recreo como la tierra seca espera la llegada de la lluvia.

Pero el recreo era un puerto que ni siquiera se insinuaba en el horizonte. Me sentía navegar en las opacas aguas de la monotonía, en las que cada minuto duraba siglos y el oleaje era siempre igual.

Entonces ocurrió. De improviso apareció frente a mis ojos el contorno de una isla desconocida y la oportunidad de desembarcar para hacer un alto en el aburrimiento. La voz de la maestra sonó con unas palabras que me refrescaron el ánimo: “Mónica, por favor, andá a la biblioteca y traé el globo terráqueo”. Sentí que esos pocos sonidos me devolvían la luz del sol. Por un rato, apenas un ratito, tenía permiso para volver a la vida.

60

Me levanté y salí del aula como impulsada por un resorte. Me encantaba andar sola por los pasillos y las escaleras de la escuela durante las horas de clase. Me parecía estar en las calles de una ciudad que, por unos minutos, me pertenecía por completo. Demoré lo más posible cada paso. Caminaba en cámara lenta tratando de estirar cada segundo. Así como dentro del aula el tiempo parecía transcurrir con lentitud exasperante, afuera los minutos se escurrían como un líquido por un colador.

Tardé todo lo que pude en llegar a la biblioteca, y cuando llamé a la puerta nadie me contestó. Entré y enseguida me asaltó la tentación de tomar alguno de los libros y quedarme a leer. Todos parecían estar esperándome, y cualquier cosa sería más divertida que una sucesión interminable de ríos secos y sin vida.

Pero no pude ni acercarme a los libros. Algo invisible me empujó con fuerza inesperada hacia el globo te-

rráqueo, y sin que yo atinara a darme cuenta de lo que pasaba, me hizo atravesar la superficie exterior, con el dibujo de los continentes y los océanos, y me llevó hacia adentro.

Fue cuestión de segundos. Solo sentí un leve zumbido en la cabeza y, de pronto, sin saber cómo, me di cuenta de que había atravesado no sabía bien qué y había llegado a no sabía dónde. Pero ya no estaba en la biblioteca. Tampoco estaba en la escuela. Me encontraba al aire libre, en un lugar encantador, donde jamás había estado.

Fue todo tan vertiginoso y tan sorprendente que no tuve tiempo de asustarme ni de reaccionar. Apenas alcancé a darme cuenta de que de algún modo misterioso me había trasladado a otro lugar en el espacio, cuando escuché claramente el sonido de agua que fluía con un suave murmullo musical. Giré la cabeza y, sin preámbulos, lo vi. Era el río más hermoso que yo hubiera visto jamás. Caudaloso, de color verde claro, casi transparente, estaba bordeado de juncos y flores silvestres que se entrelazaban en un conjunto delicioso. En el medio, peces plateados y dorados saltaban con piruetas acrobáticas que formaban perfectas figuras geométricas. Aquí y allá flotaban algunas pequeñas plantas acuáticas que se movían al ritmo de la melodía fantástica que dejaba oír la corriente.

Tampoco tuve tiempo de preguntarme dónde estaba ni cómo había llegado allí. Y en realidad, en ese momento no había preguntas ni respuestas que me importaran demasiado. El lugar era hermosísimo y todo tenía tanta

vida y era tan amistoso, que lo único que yo quería era disfrutar.

No se me ocurría nada que me interesara más que quedarme allí contemplando ese río, con sus aguas, sus peces, sus plantas, sus orillas, su música y todas las sorpresas que todavía pudiera depararme.

Pero me equivocaba.



De pronto, como en un gesto automático, miré el reloj. De inmediato un solo pensamiento se instaló en mi cabeza. Un solo pensamiento unido a una incontenible emoción.

Y en unos pocos segundos, tan misteriosamente como había llegado allí, volví a la biblioteca y, con el globo terráqueo en la mano, me encaminé al aula a pasos agigantados. Apenas llegué sonó el timbre.

No sé qué más habría podido conocer en ese río y lo más probable es que nunca lo sepa. Pero por nada del mundo me iba a perder un recreo.



## Un viaje de película

La última vez que fui al cine yo estaba en tren de divertirme. Por eso no me llamó la atención que en la boletería me preguntaran si quería ida solo o ida y vuelta, ni que el acomodador me dijera que la mochila la podía poner en el portaequipajes. Cuando entré en la sala, la película ya debía estar por empezar porque estaba bastante oscuro, y apenas me senté, arrancó.

Enseguida me di cuenta de que la pantalla no estaba adelante, sino que había dos pantallas a los costados de las filas de asientos y que la película que pasaban era de viajes. Al principio me pareció que la debían de haber filmado en mi barrio, porque todo me resultaba conocido: la estación de tren de la otra cuadra, la barrera, las vías. Pero enseguida el cine pegó una especie de sacudón y me encontré con escenas de paisajes tan insólitos que me felicité por haber elegido esa película.

También me di cuenta de que por las pantallas entraba un poco de corriente de aire, pero no me importó porque yo tenía unas ganas bárbaras de ver cine y la película ya me estaba atrapando. Era una de esas de aventuras interplanetarias, y estaba realmente muy bien hecha. Por eso tampoco me importó cuando vino el acomodador y sin encender las luces ni detener la película, dijo que teníamos que trasbordar a otro cine porque el nuestro se había quedado sin combustible. Yo lo único que quería

era poder seguir viendo la película, así que acepté el trasbordo sin protestar.

La nueva sala era realmente mucho más grande y por las pantallas se veían unas escenas del cosmos como yo nunca había visto. Había millones y millones de galaxias que giraban por el espacio y se mostraban detalles de todas al mismo tiempo.



De pronto, apareció en primer plano la figura de un actor vestido muy raro y con esos maquillajes que logran un efecto como de otro mundo, que empezó a hablar en un idioma incomprensible. Los del cine se deben haber dado cuenta de que no se entendía nada, porque empezaron a pasar carteles con subtítulos. En uno de los carteles apareció mi nombre y me preguntaban si yo estaba dispuesta a seguir viendo la película durante varios días, si mi estado de salud era bueno y si no tenía problemas en que me pusieran sobre la cabeza un casco de traducción automática de idiomas.

La verdad es que yo siempre fui loca por el cine y, como además había sacado una entrada de ida y vuelta, no lo pensé dos veces y enseguida dije que sí.

## Unas rimas que se arriman

Todos andaban mal por la zona del Yacuarebí. Y dicen que lo que pasó fue más o menos así.

Un día el zorro se levantó de mal humor. Tal vez porque sí nomás, tal vez porque hacía calor. Iba pateando la tierra y por dentro se sentía en pie de guerra.

Estaba en eso cuando vio pasar a un perro mascando un hueso. Sin darle tiempo de saludar le gritó:

—¡Eh, perro! ¡Sos el más tonto del mundo!

Sin esperar ni un segundo se le tiró encima para descargar sobre él su mal humor y le dio una patada que por poco lo desmaya del dolor.



Cuando el perro se repuso, se sintió dominado por el enojo y con ganas de pelear con el primero que se le pusiera ante los ojos.

Justo en ese momento vio pasar a una liebre y la miró tan mal, que a la pobre casi le da fiebre.

—¡Eh, liebre! —le gritó—. ¡Sos la más idiota! —y le dio un golpe que estuvo cerca de dejarle la cabeza rota.

Cuando la liebre se recuperó, se sintió llena de furor. En ese momento vio pasar a un ratón.

—¡Eh, ratón! —exclamó—. ¡Sos tan tonto que más que tonto sos un tontón!

Y sin darle tiempo de contestar se le tiró encima y le dio un mordisco que estuvo a punto de dejarlo bizco.

Cuando el ratón se dio cuenta de lo sucedido, sintió una tremenda furia y un impulso ciego de descargarse con el primero al que le viera el pelo. El primero que pasó fue un cuis. Y sin pensarlo dos veces, le gritó: —¡Eh cuis, sos el más estúpido de todo el país!

Después, el ratón le estampó un golpazo con la cola que lo dejó sin sentido por más de una hora.

En cuanto el cuis se pudo levantar se sintió de un humor terrible y con ganas de descargarse con cualquiera lo más pronto posible. Sucedió que pasó por allí una rana. Apenas la vio, el cuis le dijo: —¡Eh, rana saltarina, sos lo más imbécil que vi en mi vida!

En un segundo se abalanzó sobre ella y le dio una paliza que le hizo ver las estrellas.

No bien la rana pudo volver a ponerse de pie estaba tan furibunda que al primero que viera lo iba a dejar más chato que una funda.

Entonces pasó por allí el zorro, que ya no tenía tanto mal humor aunque seguía haciendo bastante calor.

En cuanto la rana vio al zorro, sintió que sus fuerzas se multiplicaban por millones y le dio unos tremendos coscorrónes.

Al zorro le volvió enseguida el mal humor, y un rato después volvió a patear al perro que se retorció de dolor. Más tarde el perro atacó a la liebre; la liebre, al ratón; el ratón, al cuis y el cuis a la rana.

Así se pasaron toda la mañana. Después, también la tarde. Mientras tanto el ánimo se les encendía cada vez más, como una fogata que arde y arde y arde.

71

Por la noche durmieron inquietos y nerviosos. Para cada uno los demás eran su enemigo, y les resultaba imposible descansar tranquilos.

Así estuvieron un tiempo. En sus cabezas había lugar para una sola idea: cómo estar siempre preparados para la pelea. No podían pensar en otra cosa, y ni hablar de disfrutar de alguna experiencia hermosa. Todos se insultaban, se pateaban, se golpeaban y se mordían donde se encontraran y a cualquier hora del día.

Fue entonces que una mañana sopló una brisa refrescante y llegó al lugar un mono que nadie había visto antes. Apareció frente al zorro justo cuando este andaba con ganas de descargar sobre alguien un fuerte mamporro.

Pero cuando el mono lo vio, no le dio tiempo de que lo atacara. Lo saludó con una sonrisa que le recorría toda la cara. El zorro se sintió paralizado por un gran desconcierto. Una sonrisa era algo que no veía hacía tiempo. Y en menos de lo que se tarda en decir “abracadabra” el mono empezó a soltar estas palabras:

“Justo en el medio del campo  
suspiraban dos tomates,  
y en el suspiro decían:  
¡hoy queremos tomar mate!”.

El zorro pasó del desconcierto al asombro y del asombro a la carcajada. Se reía tanto que tenía la expresión desencajada. Se imaginaba a los tomates con una bombilla y se reía como si alguien le hiciera cosquillas. Entonces el mono siguió:

“Por el río Paraná  
va nadando un surubí,  
y mientras nada, comenta:  
¡qué picante está el ají!”.

Las carcajadas del zorro eran tan grandes que resonaban por todas partes. En pocos minutos llegaron el perro, la liebre, el ratón, el cuis y la rana, atraídos por el sonido de la risa, que hacía tanto tiempo no escuchaban. El mono siguió:

“De las aves que bailan  
me gusta el sapo,  
porque deja la alfombra  
toda hecha un trapo”.

Entonces todos se largaron a reír, y rieron juntos durante todo un día hasta soltar toda la risa que hacía tiem-

po no reían. Estaban de tan buen humor, que a nadie le importaba si hacía frío o hacía calor. Después inventaron entre todos muchas rimas del estilo de las que había dicho el mono. Y se les ocurrían tantas y tantas ideas, que no les quedó lugar para volver a imaginar una pelea.

Una noche sopló una brisa que venía de las estrellas, y el mono desapareció sin dejar huellas.





## En tren de descubrimiento

Joaquín Pandolfi se conmocionó al notar que, una vez más, lo mejor de su juguetería se había esfumado.

Una cascada de pensamientos le cruzó la mente. “¿Cómo puede ser que cada vez que algún cliente quiere el tren eléctrico, el orgullo de mi juguetería, y me deja una seña para retirarlo al día siguiente, el tren desaparece como por arte de magia? Si esto sigue así, mi economía se va a descarrilar. Alguien quiere ponerle barreras a mi negocio. Y yo no me quiero quedar en la vía”.

Pandolfi, el juguetero, tenía alma de niño. Y por eso su mente avanzaba más rápido que la de la mayoría de las personas. Cuando pensaba, era una locomotora a mil kilómetros por hora. “Primero voy a tener que investigar a los clientes anteriores, y después al nuevo. Quizás les pareció demasiado caro y quisieron viajar en tren sin pasar por la boletería. Es la quinta vez que pasa lo mismo. Aunque, después, el modelo que traía el fabricante era todavía mejor. Pero ¿cómo es que el tren desaparece? Ni que fuera el tren fantasma... O tal vez el tren bala. El tren bala... va a la... ¡Eso quisiera saber yo, a dónde va ese tren cada vez que alguien me lo quiere comprar!”.

El hombre tenía el alma de un niño pero la experiencia de un adulto consustanciado con la vida de cada personaje de su entretenimiento favorito: la lectura de cuentos y novelas policiales. Sherlock Holmes era para él un ami-

go de toda la vida. Antes de decidir qué hacer, se sentó en una mecedora, cerró los ojos y trató de pensar. Pero a su mente solo acudían palabras aparentemente deshilvanadas, inconexas: entren, trenzas, entrenar, estreno, arrastren, centren, Trenque Lauquen, adentren, filtren...

Se puso de pie de un salto y llamó a su esposa y a un amigo, bien dispuesto pero bastante vago, o mejor dicho, vagón, para que lo ayudaran a resolver el enigma.

Cada uno salió a investigar a los que se habían presentado hasta la fecha como posibles compradores. Pandolfi llevaba un minucioso registro de todos los movimientos de su negocio.

76

Su esposa llegó a la casa de uno de los clientes disfrazada de encuestadora. Supo cómo hacer para que en tres segundos la invitaran a pasar y la convidaran con té con leche. Miró por todas partes y no vio ningún tren.

Su amigo logró entrar a otra de las casas haciéndose pasar por vendedor de Biblias. Lo atendieron con cortesía y no pudo evitar vender una Biblia con reproducciones de famosos pintores, de la que había deseado no desprenderse nunca. Gracias a su cortesía, se hizo amigo de la familia. Miró por todos lados, habló con los adultos y con los chicos, escuchó pacientemente la descripción de cuanto juguete había en la casa. Lo invitaron a comer un asado el domingo siguiente. Pero de trenes... nada.

Pandolfi mismo se puso en tren de investigar. Ahora le tocaba el turno a Rodolfo, el hombre que fabricaba los trenes.

Fue a verlo, lo puso al tanto de lo ocurrido y le hizo saber su preocupación.

—Ya los niños no quieren jugar —le dijo con tristeza—. Si el juguete no es electrónico, no les parece atractivo. Y la verdad es que las ventas no marchan sobre rieles.

El inventor de trenes lo miró con cierta pena y le dijo:

—Deberías tener más cuidado. El tren es muy atractivo, sobre todo cuando tiene las luces encendidas, y vos sabés cómo es la gente. Si tuviera algún tren, te lo daría aunque no pudieras pagármelo por un tiempo, pero en este momento no tengo.

Pandolfi salió a la calle con la cabeza pesada como un furgón de carga. No podía dejar de pensar en el tren. Lo evocó recorriendo el circuito con su sonido característico: “tata... tata... tata...”, silbato y de nuevo “tata... tata... tata...”, silbato. De pronto sus pensamientos se perdieron y un puñado de palabras insistentes se le instaló en la cabeza: tata, pata, rata, ñata, nata, lata, cata, data, mata, gata.

—¡Gata! —gritó Pandolfi—. ¡Gata!

Y esas cuatro letras le hicieron recordar la noche del robo:

Estaba tomando mate cuando pensó que tenía que buscar la caja para guardar el tren al día siguiente. Cuando lo vio, decidió encenderle las luces. Sería su última noche allí. Soltó el mate. Una sombra oscureció la calle y vio correr a una gata. Se acercó al tren, le sacó un poco de polvo y le encendió las luces. Después volvió a su casa.

Apenas la esposa de Pandolfi le abrió la puerta, ambos supieron que nadie había logrado encontrar siquiera una pista.

—¿Dónde estuviste? —preguntó ella.

—Fui a visitar a Rodolfo, el que fabrica los trenes. Me regañó porque el tren tenía las luces encendidas.

Pandolfi se levantó de golpe. Estaba seguro de que había encendido las luces del tren justo antes de irse a descansar. ¿Cómo lo había sabido Rodolfo?

—Ya sé dónde está el tren, aunque todavía no sé por qué.

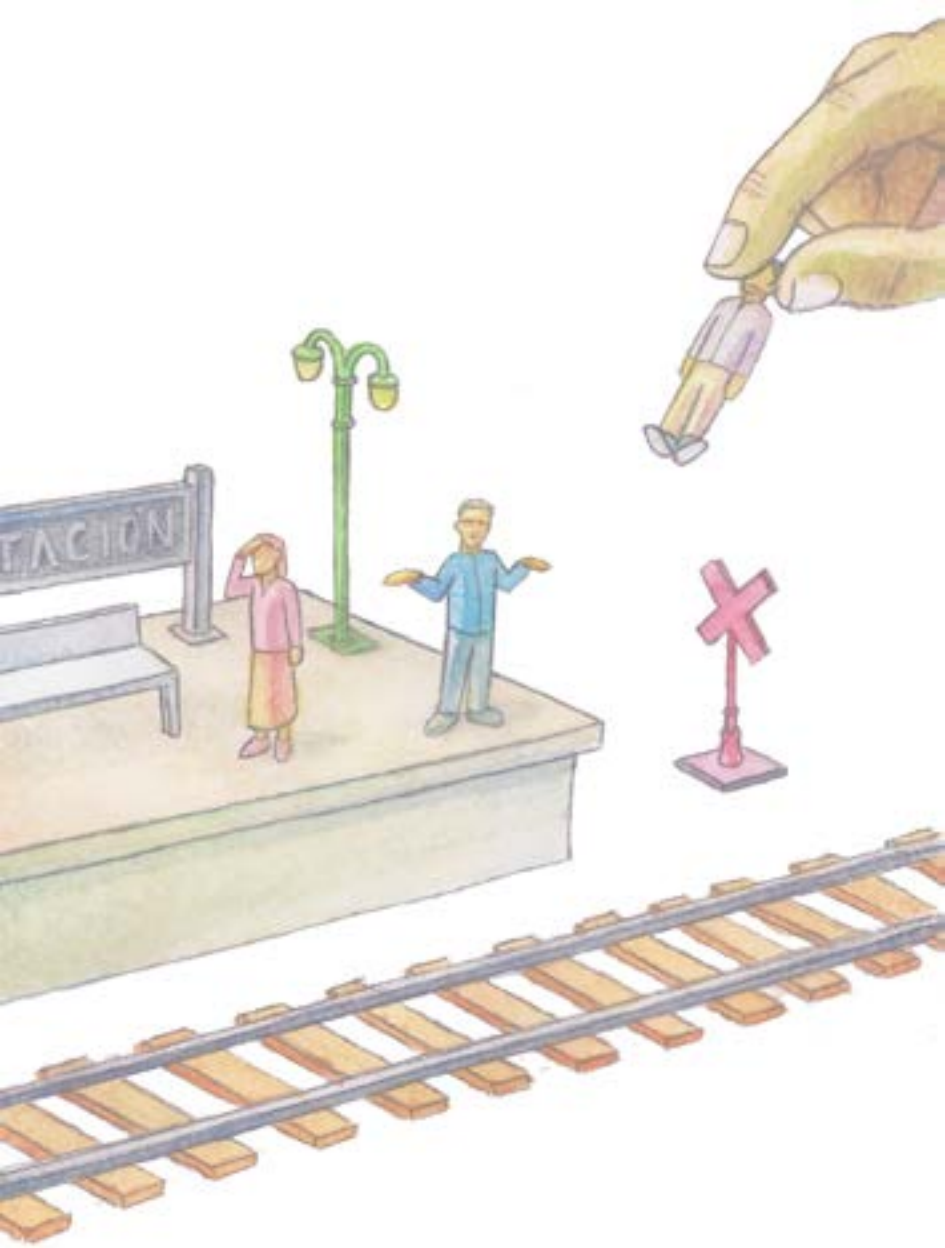
Era tarde cuando tocó el timbre de la casa de Rodolfo.

—¿Por qué me robás los trenes, Rodolfo, amigo mío?

78

—Por mi deseo incontrolable de mejorar el modelo —respondió Rodolfo sin inmutarse—. Cada vez que vas a venderlo tengo en mi cabeza la maldita idea de que al tren le falta algo. Entro a la juguetería con una llave que una vez te robé, lo traigo y trabajo en él. Por eso cada tren que te he dado es diferente. Te devolveré el dinero y te entregaré el tren. Pero ¿cómo me descubriste?

—Una gata me lo contó —respondió Pandolfi, mientras sentía que por fin llegaba a la estación final.



La colección de literatura juvenil “Vuela el Pez” de la Biblioteca del Congreso de la Nación reúne obras fundamentales de autores latinoamericanos y universales para niños y adolescentes.

La selección de los títulos tiene la intención de acercar a los jóvenes al maravilloso mundo de la lectura y al universo mágico de las historias.

## COLECCIÓN JUVENIL “VUELA EL PEZ”

